

I així estem

«Nació para escribir». Es una de las convencionales frases redactadas en la semblanza biográfica que la colección Austral incluía en la solapa de *Vida de Manolo* (Espasa-Calpe, 1976).

Joan Fuster, por su parte, ya lo había definido como grafómano –«reticente y púdico»– en el magnífico prólogo a la edición de *El quadern gris, un dietari*, primer volumen de su *Obra Completa* (Destino, abril de 1966). Y en el mismo rasgo insistirá Josep Vergés en su recuerdo póstumo del escritor: escribir, leer y conversar, dice Vergés, fueron sus verdaderas aficiones (45, 62). Que su gran pasión fuera la escritura es una observación que, desde luego, caracteriza a Pla pues condicionó toda su vida y de alguna manera impuso su muerte, como sus biógrafos acostumbran a señalar: la verdad es que trabajó a destajo legando una obra que viene a ser el espejo de un siglo. Es un rasgo que me permito tomar como punto de partida, pretexto en realidad, para reflexionar sobre la importancia que esa descomunal tarea de escribir sobre su tiempo ha ejercido en el ámbito del dietarismo español contemporáneo. El tema requiere un trabajo de investigación que permita aquilatar su influencia en autores como Dionisio Ridruejo, Camilo José Cela, Francisco Umbral, Pere Gimferrer, Andrés Trapiello, Manuel Vicent, Valentí Puig, Miguel Sánchez Ostiz, o el más joven José Carlos Llop, por citar algunos nombres: todos, por otra parte, han escrito sobre Pla. Lo mío serán pues cuatro trazos a propósito de un proyecto literario que por su naturaleza y características no creo que tenga parangón en el contexto de las letras catalanas (Fuster habla de Ramón Llull), y para el cual apenas se me ocurren modelos peninsulares (en cierto modo, Azorín, pero la poética de Pla es de mayor envergadura). Hay que estudiar de cerca las repercusiones reales de *El quadern gris*, sobre todo. Es un vacío más entre los muchos observables y en los que repara Xavier Pla al constatar la «sorprendente ausencia de bibliografía especializada sobre la obra de Josep Pla»¹ y es de suponer que irá subsanándose.

¹ En Josep Pla. Ficción autobiogràfica i veritat literària, *Barcelona, Quaderns Crema, 1997, p. 434, n. 74.*

De la importancia de Pla, también en castellano, escribió tempranamente Dionisio Ridruejo, quien confesaba (años 60) no pasar una semana sin leer un artículo ni medio año sin leer un libro del escritor ampurdanés. La cita que sigue es un comentario ante la aparición del vigésimo volumen de su *Obra Completa* y pensando en el primer libro aparecido en castellano después de la guerra y que marcó, prácticamente, el inicio de su influencia en esa lengua. Antes, en 1921, había publicado una breve biografía novelada *Los amores de Tosca* y a continuación, una novela corta *Las alimañas*, dos textos sin ninguna repercusión en castellano; forman parte de su prehistoria literaria. Otra ambición tuvo, desde luego, *Vida de Manolo contada por él mismo* (traducida en 1930 por Juan Chabás, con prólogo de Carles Riba, Mundo Latino, Madrid, 1930) que fue el comienzo de su literatura biográfica y testimonial, de tanto éxito. «Su *Viaje en autobús* —evoca Ridruejo— fue uno de los libros de conjuro o desmitificación del ambiente retórico más eficaces de la postguerra y una delicia para cualquier lector de gusto. Después del 51 mi frecuentación al escritor se hizo regular, cada verano» (*Sombras y bultos*, Destino, 1977, pág. 174).

Viaje en autobús (Destino, 1942) fue un libro elaborado a partir de sus regulares colaboraciones en la revista *Destino*. La sección de Pla —«Calendario sin fechas»— se alzó muy pronto con el protagonismo entre las firmas que ofrecía el semanario. Era el autor más leído y su influencia sobre el editor de Destino, Josep Vergés, será constante desde su fundación, y siempre en la misma dirección de atenuar, en lo posible, los rigores del estilo oficialista, dominante en los primeros años de la postguerra. Así lo escribe Pla en sus familiares «Cuatro palabras» de prólogo a *Viaje en autobús*: «He tratado de contrastar hasta qué punto puedo llegar, manejando esta lengua, a la desnudez estilística, a la simplificación máxima de la manera literaria» (p. 9). No sólo alcanzó ese objetivo. También esos años, de forzada creación en castellano, le servirán para afinar su estilo en el empleo de una ironía corrosiva para conseguir expresar sus propias ideas con la mayor libertad dentro de las limitaciones impuestas por la censura. Por ejemplo, nada más lanzarse a su aventura de viajar en autobús por tierras catalanas —el país no daba para más en aquellos momentos—, Pla comenta: «La intención es de apreciar; pero, francamente, no me siento capaz de agradecerse a nadie. Todo el material por otra parte, está un poco ajado. Veo dos cristales rotos; otro se ha encasquillado y no sube ni baja. Las Revoluciones ajan las cosas. En España, hoy, hasta los árboles parecen sobados» (pág. 12).

Viaje en autobús deslumbró, como dice Ridruejo, por ese filón compacto de pensamiento, por esa profundidad tan personal (y dolorosa aunque no lo parezca) que late bajo una escritura transparente, tanto que parece escrita con nada. Por ejemplo, cuando el viajero se baja del auto-

bús para pasar la noche en un pueblo cerca de Blanes. Se describen las luces del atardecer y después de examinar las posibilidades que se le ofrecen, el cronista se dirige al casino. Pasó allí unas horas muertas y cuenta sus impresiones. Todo aparentemente muy baladí: la malta en lugar del café, los libros inaccesibles, la partida al canario, la tertulia, el frío de la fonda... En toda la escena, de una inmensa quietud, el lector aprecia una exigente búsqueda de firmes certidumbres tras el nomadismo del relato, que sólo a primera vista es superficial y vagabundo.

El libro debió ser una referencia capital para Camilo José Cela a la hora de tentar la suerte también con un libro de viaje que hizo fortuna y cuya voluntad de estilo recuerda a *Viaje en autobús*. Me refiero a *Viaje a la Alcarria* (Revista de Occidente, 1948) y es, además, una referencia explícita: véase el capítulo X, titulado precisamente «Un viaje en autobús» que se abre con una cita del libro de Pla.

A Cela, a Ridruejo o a Umbral (quien también recuerda la importancia de *Viaje en autobús* en *Las palabras de la tribu*, por ejemplo) y a tantos otros, también al *senior* César González Ruano, les debió fascinar esa sencillez radical de la que parte Pla para escribir sobre la vida y la memoria de su tiempo. «Pla es finísimo en catalán y deliberadamente rudo en castellano» observará Umbral sin importarle demasiado, porque la lección de Pla es otra y más honda: «Partir del grado cero de la escritura, no proponerse nada, sólo ir escribiendo con sencillez, ‘ver en lo que es’, como decía Stendhal» (p. 111).

Sin embargo, no es fácil cuantificar las dimensiones de esa lección plañiana (en castellano), que cristaliza con la traducción de *El quadern gris* (1975). Hay en este libro una madurez de composición sorprendente y decisiva para que el texto sirviera de architexto o modelo que ha favorecido el dietario como medio de expresión de toda una generación literaria. Veamos la cronología: el magnífico *Diario de un escritor burgués*, de Francisco Umbral, es de 1979; el primer *Dietari* de Pere Gimferrer, de 1981; *Bosc endins*, de Valentí Puig, 1982; *Diario cultural*, de Andrés Amorós, 1983; *El Robinson urbano* de Antonio Muñoz Molina, 1985; *Tres cuadernos rojos*, de José Jiménez Lozano, 1986; *Diario del Nautilus*, de Miguel Sánchez Ostiz, 1986; *Diario austral*, de Antonio Martínez Sarrión, 1987; *El gato encerrado*, de Andrés Trapiello, 1987; *Mundinovi. Gazeta de los pasos perdidos*, también de Sánchez Ostiz, de 1987; etc.

Pero la influencia de Pla es doble: genética y biográfica. Por una parte, descubrimos que la lectura de *El quadern gris* no fue, decía, una lectura trivial, sino el estímulo para el desarrollo de un género. A la influencia del texto se sumó la del personaje sabiamente forjado por el escritor ampurdanés, que podía recordar a Baroja en su desaliño y misantropía, y que multiplica el efecto de la lectura de su obra. Subrayaré algunos aspectos, entre los muchos que podrían tratarse, que a mi entender, han